

**Recuerdo y respeto para
José Manuel Briceño Guerrero**

Jorge Dávila

Universidad de Los Andes, ULA, Venezuela

Recuerdo que Briceño Guerrero me preguntó un día por un gran amigo común. Sigue en Caracas, le respondí escuetamente. En voz queda dijo: *Caracas, sí, se fue a Caracas porque aquí en Mérida no tiene todo lo que necesita para sus investigaciones, Caracas es centro de poder y también atrae mucho eso, es un riesgo, un peligro.* Guardé silencio pensando lo que creí que él pensaba. Era curioso para mí lo que insinuaba. Yo lo pensaba sobre la certeza harto firme de que Briceño Guerrero rechazaba de mil modos los podercitos intelectuales que se generan en el bullicio. Entre los susurros y los gritos de congresos, coloquios, academias, reuniones de redes intelectuales, prefería los susurros, los murmullos del pensamiento, si posible con poca gente. Fue obvio que le gustaba el verdadero silencio esencial que se da aun entre las palabras. Habitó siempre los espacios del silencio con la palabra adecuada, los espacios académicos con el silencio que *dice* o con la palabra verdadera.

Hace unos días, pensando en la ausencia del maestro Briceño, volví a un texto que me hizo conocer aquel querido amigo común. Un texto de Heidegger¹. Allí el gran pensador y filósofo da respuesta pública a un tentador ofrecimiento, lo hace de modo inusual al común a quien la fama y el poder le llama. Era el ofrecimiento insistente de que se mudara a la Universidad de Berlín, a la capital alemana, pues. En esos años, Heidegger pasaba largas temporadas en un lar campesino muy apartado del mundo urbano. Decía: "Mi trabajo filosófico pertenece a la misma especie" del trabajo de los campesinos, "todo mi trabajo está guiado por el mundo de esas montañas y de sus campesinos". Su respuesta al ofrecimiento de nominación como profesor en Berlín es una defensa sin par del campo, de los campesinos, de la sabiduría esencial que hay en la vida campesina. Es un elogio al saber del pueblo. Escribió Heidegger:

Los hombres de la ciudad se asombran a menudo de mi largo y monótono aislamiento entre los campesinos y las montañas. Sin embargo, esto no es ningún aislamiento ni un mero quedarse solo; sí es más bien *soledad (Einsamkeit)*. En verdad en las grandes ciudades el hombre puede en efecto fácilmente estar más *aislado* que en *cualquier otra parte*. Pero allí nunca puede estar en soledad. Pues la auténtica soledad tiene el poder absolutamente primigenio de no *aislarnos*, sino que por el contrario *arroja (loswirft)* [lanza, eyecta, proyecta, libera] la existencia humana total en la extensa vecindad o proximidad de la presencia esencial de todas las cosas.

Heidegger pensaba en y desde la *soledad* de la Selva Negra. José Manuel Briceño Guerrero vivió en *La Pedregosa* de Mérida. Cuando allí se instaló con su familia no era propiamente una selva; pero sí era un lar en el que la atmósfera campesina gobernaba las realidades esenciales de la vida



1 HEIDEGGER, M (1933). Schöpferische Landschaft: Warum bleiben wir in der Provinz. Gesamtausgabe, p. 13.

cotidiana. Pocos sospechaban que Mérida sería destrozada tan pronto por las fuerzas *grespanizadas* y *manfredistructoras* -como le habría gustado decir a Domingo Miliani² oyendo a Carlos César Rodríguez. Se consolidó en la Mérida de fines de la década de los 60 la *grespanización* y *manfredización*: el creciente caos urbanístico merideño con tantas *manfredisgracias* ya acumuladas hasta hoy, tantas desgracias urbanísticas que la vieja Pedregosa, la guardada por unos pocos en memoria, a lo lejos nos parece un bucólico bosque pintado en letras por Virgilio o hasta por Pausanias. El maestro Briceño Guerrero no sólo se arraigó en La Pedregosa sino en Mérida. *Caracas, de lejitos...*, lo oigo decir; sobre todo de los podercitos que allí abundan, atraen, embelesan y atontan. Heidegger, por los años de aquel escrito suyo, tuvo su resbalón frente al poder, un poder que no fue nada podercito. Briceño Guerrero fue firme y constante en repeler podercitos y poder; testarudo y terco, habrán pensado en los círculos intelectuales e intelectualoides de la capital venezolana. Mientras, y así, *lejitos de Caracas*, se fue engendrando ese maravilloso decir, pensar y escribir mágico, poético, filosófico y sabio que navegó en todas las llanuras del entendimiento, por muy temblorosas que parecieran. Y crecía y crecía en Caracas, o sea en los núcleos de poder -y también, cómo no, en el mismo centro de podercitos merideños y universitarios ulandinos-, crecía, digo, el silencio ocultador del desprecio que pretende aislar a los buenos (a esos que mueren *de cara al sol*, como dice Martí), o cuando no, entonces con ese silencio de torpes, con la bullita del lisonjeo amañado para fulgurar ellos, los enquistados en los podercitos, como estrellas de opaco brillo en el mismo juego perverso de los círculos viciosos recirculadores de las arrogancias, petulancias y soberbias.

Por eso a mí me parece que Briceño Guerrero quiso decir muchas cosas con el discurso ante las academias en junio de 1983. Y quiso decir, tal vez por encima de todo, que por sobre esos podercitos se alzaba dignamente la sabiduría y la potencia del pueblo o el poder popular. Habrá que entender un día cómo es que para Briceño Guerrero siempre hubo una presencia (problemática, sí) pero de digna estima de la dignidad del pueblo. Es el pueblo al que se refirió en la clase magistral que se ha titulado "Latinoamérica" e incluida en el libro *El alma común de las Américas*. Decía el maestro en relación con las posibilidades que ofrece el Discurso salvaje y sobre nuestra insulsa pretensión de negar su realidad:

¿Cómo es posible que ese discurso salvaje, de donde podría salir de parte de los vencidos y de los oprimidos una actividad de cambio, esté reducido por vía oficial y con la complicidad de los que se dicen de izquierda? Esto, debo decirlo, está reduciendo lo que pueden hacer o a una violencia caótica y criminal o a la más oscura superstición. O sea que se está fomentando entre la gente más miserable, más perseguida y más sufrida estas dos cosas: o la violencia inútil, cruel, o la superstición religiosa más oscura y obscurantista.

Era 1995. Los oprimidos, los vencidos, la gente más miserable, más perseguida y más sufrida, ¿qué constituye si no el *corazón del pueblo*, como lo había dicho en el Palacio de las Academias en el bicentenario del natalicio del Libertador? Sabía el maestro Jonuel Brigue que el *largo camino* que había emprendido *hacia nosotros mismos*, tenía que llegar a ese corazón del pueblo, no con mirada externa, expulsadora, extrañable, sino con visión entrañable, mirando hacia sí mismo. Así supo poner en su puesto a los discursos excluyentes, arrogantes y soberbios que hablan en nuestra tierra en nombre de la Razón y de la Europa Segunda. Supo contar de sí mismo Briceño Guerrero: "Me di cuenta de que había potencias en mí más fuertes que el intelecto, porque éste propicia una coherencia ilusoria. Preferí las otras potencias, buscando una coherencia más profunda, más incluyente,

2 MILIANI, D (1999). *Comarca de fantasmas*, ensayo en el libro con el mismo título. Ediciones ULA, 2004.

más auténtica". Con sencillo y breve discurrir lo explicó en 1998 en otra conferencia magistral incluida también en el libro "El alma común de las Américas". Se refería a una coherencia no sólo en las realidades en que estamos inmersos, sino también una coherencia consigo mismo, con su palabra, con su acción, con su pensamiento. Así podía el maestro sacudirnos con vigor tantas pasiones, prejuicios, dejos, ignorancias que abundan entre nosotros. El viaje al corazón del pueblo es, sencillamente dicho, la radical aceptación de "una coherencia incluyente, que no deja por fuera, como *pata-en-el-suelo*, como *sinvergüenza*, como analfabetas, como inferiores, a la gente que tiene otros contenidos y que son gente, son humanos y están en nosotros, son parte de nosotros mismos".

Desde el corazón del pueblo, así como con orgullo hablaba Martin Heidegger desde el corazón del campesino, se habla filosóficamente. Desde allí se puede decir, con palabra honda, verdadera, sincera, directa y llana que hay que "tener un respeto especial por la creación artística del pueblo y, particularmente, del pueblo analfabeta, porque", decía Briceño Guerrero, "yo creo que allí se está produciendo un movimiento hacia la síntesis de tantos elementos heterogéneos que componen a Latinoamérica". Y algunos siguieron oyendo, igual que como les ocurrió con el discurso en respeto y memoria por el héroe nacional, un discurrir de Briceño Guerrero que de filosófico no tenía casi nada. Parece que esos *i-lustrados*, vale decir: sin lustre en el ejercicio de la razón, nunca serán capaces de dejar resonar en su pensamiento y en su corazón (por vacíos) el ejercicio de ascesis de José Manuel Briceño Guerrero, el ejercicio de encontrarse consigo mismo. Tantas veces lo aclaró:

Comencé a pensar que todos mis estudios de filosofía eran una especie de entrenamiento para pensar... y que, lo que me tocaba a mí no era repasar y enseñar las construcciones filosóficas hechas en Europa sino utilizar el entrenamiento obtenido mediante esa disciplina para ponerme yo mismo a pensar... pensarme a mí mismo, pensar mi situación en el mundo, y pensar a mi gente y a mi pueblo...

Menos entenderán esos *i-lustrados*, y hasta será objeto de burla, que les espetemos esta afirmación: Se cumplió en José Manuel Briceño Guerrero lo que se lee en el ΣΟΦΙΑ ΣΟΛΟΜΩΝΤΟΣ, el *Libro de la sabiduría* atribuido a Salomón, se cumplió en el maestro José Manuel Briceño Guerrero lo que allí se predica de la sabiduría, de la σοφία, de aquello que ama y pretende el filósofo:

(6:16) "La Sabiduría busca por todas partes a los que son dignos de ella, se les aparece con sonriente rostro en los caminos y les sale al encuentro en todos sus pensamientos" (ὅτι τοὺς ἀξιόλους αὐτῆς αὐτὴ περιέρχεται ζητοῦσα καὶ ἐν ταῖς τρίβοις φαντάζεται αὐτοῖς εὐμενῶς καὶ ἐν πάσῃ ἐπινοίᾳ ὑπαντᾷ αὐτοῖς).

Noviembre de 2014